

roso, firme, terrible, dispensador de toda gracia y hacedor de toda criatura. Enviaras un libertador á tus hijos para que glorifiquen el nombre tuyo y te manifiesten su amor. Tú hinchas las nubes, tú soplas las brisas, tú sostienes á los vivos, tú resucitas á los muertos; quien sabe, debete la sabiduría de su entendimiento á ti; quien obra bien, la pureza de su voluntad. Perdónanos, Padre nuestro, porque todos hemos pecado; absuélvenos, porque todos te hemos ofendido; míranos y seremos curados; ayúdanos y seremos socorridos. Pon el rocío en nuestros árboles y la semilla en nuestros sembrados. Suena la trompeta de nuestra emancipación y extiende las banderas cuyas ondulaciones deben guiarnos á la guerra contra el mal. Vuelve sus sedes á nuestros magistrados y reina tú solo sobre nosotros. Que los orgullosos sean humillados, que los omnipotentes abatidos, que los calumniadores no tengan esperanza ninguna de ser escuchados. Prospera el vástago de David, y revela sus glorias por tus auxilios. Apiádate de nosotros, atiende nuestras súplicas, acepta nuestras plegarias. Que nuestro culto sea grato siempre á tus ojos, que todos los vivientes á una te alaben. Bendícenos con la luz de tu rostro, Dios eternal.» Estas y otras palabras decían los judíos en el siglo primero y debió repetir María en los oídos de su

Jesús. Compuesto el schema con frases de los Salmos y de los profetas, reunía sublimes apóstrofes á expansiones verdaderas de amor y esperanza. Las fórmulas más altas y salientes de todos estos símbolos bordábanlas á una en los flecos de sus vestiduras las diversas clases del pueblo judío, para que nunca se apartasen de sus personas. Como se lleva comúnmente hoy un alfiler, un botón, un dije, una cadena de reloj, llevaban los antiguos judíos pergaminillos sacros, pendientes de correas duras, puestos unas veces como collares en la garganta, otras como cingulos en los riñones, otras como amuleto en la cabeza y sienes. Allí se inscribían versículos del Deuteronomio, arrancados al capítulo IV. «Vosotros, decían estos versículos, que os acercasteis á Jehovah, vuestro Dios, todos estáis vivos. Por tanto, guárdate y guarda tu alma con diligencia. No des al olvido las cosas que has visto, ni se aparten de tu corazón y de tu memoria todos los días de la vida. Enseñarlas debes á tus hijos y á los hijos de tus hijos.» Los versículos, grabados en los pergaminillos que llevaba cada fiel encima, tenían el nombre de filacterias, porque además las inscribían en los flecos de sus vestiduras. Y cuanto en ellas encerraba la piedad religiosa debía repetirse con verdadera frecuencia. Jesús no condena las filacterias, condena su repetición

maquinal y la falta completa de conciencia con que solían salmodiarlas en su siglo. Pero muchas de las frases hoy corrientes y consagradas en las oraciones y misas nuestras, copia son literal de las frases inscritas en los pergaminillos judíos y llevadas como reliquias ó amuletos por los fieles aquellos en sus vestimentas. Padre nuestro, dicen los talmudistas; como Padre nuestro decimos los cristianos. Vénganos el tu reino, se dice á una en el Talmud y en el Evangelio. Toda oración exclamaban los talmudistas, donde no se menciona el reino de Dios, deja de ser oración. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo, decimos nosotros. Y lo mismo, sobre poco más ó menos, dicen los talmudistas. Líbranos de todo mal, pedimos nosotros y piden ellos. Que tu nombre sea bendito, decimos á una en las sinagogas y en las iglesias. Los que han encontrado relaciones tan estrechas entre las palabras del Talmud y las palabras del Evangelio, Maupassant y Stapfer, no se contentan con designar las relaciones existentes entre los judíos y los cristianos, designanlas también, y muy estrechas, entre los judíos, los cristianos y los árabes.

Ya lo hemos dicho y nunca nos cansaremos de repetirlo. Todas estas lecturas, todos estos apotegmas, todas estas sentencias, escribíanse á una en

las franjas de los vestidos, de las túnicas, de los mantos. Y la demostración de que acontecía así está en los mismos evangelistas. Ellos nos dicen que, habiendo tocado una mujer, muerta de flujo casi, la franja donde llevaba el Salvador escritas estas sentencias, quedó en el acto sana. Luego Jesús, en su predicación misma, en su mocedad, cuando ya iba distinguiendo su doctrina propia de la doctrina judía, llevaba los apotegmas bíblicos, no sólo en lo recóndito de su mente, en la franja de sus vestiduras. ¡Cuánto más no debía su infancia empaparse toda ella en las enseñanzas bíblicas y en sus viejas revelaciones! Aun refiriéndonos á Cristo, no podemos prescindir del medio ambiente, de las circunstancias históricas en que nació, de la tierra y del aire que lo nutrieran. Así él mismo hablaba de los objetos circunstantes, y á ellos refería ciencia y doctrina. ¡Cuánto más no debió hablar de las ideas que permanecen, de las ideas que iluminan, de las ideas que influyen, de las ideas que dirigen, de las ideas que todo lo circundan, de las ideas que forman como el sol y como el ambiente para los espíritus! No puede prescindirse, no, del tiempo en que Jesús estuvo bajo las dos alas de José y de María; no puede prescindirse del tiempo que media entre la vuelta de Egipto y la hora en que inicia su predicación.

Los evangelistas hablan de todo esto con una extrema sobriedad. A lo sumo encontramos en ellos alguna que otra referencia, como la hecha por Lucas en el capítulo segundo, versículos cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos: «Y el niño crecía, y fortalecía y se llenaba de ciencia; y la gracia de Dios era con él. É iban sus padres todos los años por pascuas á Jerusalén. Y cuando fué de doce años, subieron ellos á Jerusalén, conforme á la costumbre del día de la fiesta.» Ya hemos dicho qué significaba en lengua hebrea la palabra Rabí, como ya hemos dicho que le llamaban Rabí y Rabonini, así los discípulos todos como aquellos que imploraban su auxilio, aunque no perteneciesen á su escuela y á su creencia. Nosotros no sabremos decir si Cristo en algún modo cursó las enseñanzas rabínicas ó no; lo que sí debemos decir es que pintaba magistralmente la fisonomía material y moral de los fariseos, ó sea de los sacerdotes de su tiempo. Ved el capítulo veintitrés de San Mateo y decidme si puede haber nada más maravilloso. «Entonces habló Jesús á las gentes y á sus discípulos diciendo: «Sobre la cátedra de Moisés asentáronse los escribas y los fariseos. Así todo aquello que os dijeren guardar, guardadlo; y todo aquello que os dijeren hacer, hacedlo; mas no copiéis, no, sus obras, porque dicen el bien y hacen el mal;

porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar y las ponen sobre los hombros de los demás, pero ni con su dedo quieren moverlas. Antes bien todas las obras las hacen para ser mirados de las gentes, y á los ojos de ellas ensanchan las filacterias y extienden los flecos de sus mantos, y gustan de las primeras camas en los festines y de los primeros asientos en las sinagogas, y que los saluden en las plazas llamádoles Rabí, Rabí. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque obstruís las vías celestiales á los hombres, y ni entráis, ni á los que están entrando dejaislos penetrar! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os coméis las casas de las viudas y luego creéis excusaros con largas oraciones! Mas por todo esto llevaréis mayor horrendo castigo. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque rodeáis la mar y la tierra para ganar un prosélito, y cuando fuere ganado lo hacéis hijo del infierno, doble más que vosotros! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque limpiáis lo que está de fuera del vaso y del plato más dejáis lo de dentro lleno de robo é injusticia!» No acabáramos nunca, si hubiéramos de mostrar cuánto conocía Jesús la casta sacerdotal de su tiempo y con qué grande actividad la condenaba su voluntad incontrastable y con qué firmeza la perseguía su divino juicio. Pero no solamente

debió conocer Jesús la Palestina, debió, en su naturaleza de hombre, conocer también el Egipto. Esta residencia en las orillas del Nilo, tan abundantes por aquella sazón extraordinaria en magias y sortilegios, dió pie á muchos enemigos del cristianismo para estimar las maravillas de Jesús, los hechos milagrosos, las doctrinas reveladas y sobrenaturales, el carácter divino resplandeciente desde la cuna en todo el sér suyo, como cosa de pura hechicería y encantamento. Celso, enemigo implacable de la religión cristiana y de su milagroso fundador, desliza con empeño una especie, tan de suyo engañosa, como que había el Salvador púestose á servicio de brujerías y brujas en las orillas de aquel Nilo, tan ricas en cosas del mundo inferior y diabólico, adquiriendo así una manera de proceder completamente propia de los teúrgos, y quiromantas, y magos, y hechiceros, y embrujadores, que regularmente nacían al resplandor de las estrellas asirias y luego se iban por los desiertos asiáticos y africanos diciendo á los viandantes la buenaventura leída en las líneas de sus palmas y en las constelaciones de su cielo. Los talmudistas mencionan poco á Jesús; pero muy enemigos naturalmente suyos por haber ampliado una ley que recluían ellos en la secular y seca tradición, creen á Jesús discípulo de un miembro insano del

Sanedrín, en cuya compañía se instruyó de todas las supersticiones disueltas por las aguas del Nilo y guardadas en los recónditos santuarios donde se recluían los genios de la magia. Indudablemente, cuando el Egipto sacudía sus jeroglíficos de las piedras monolitas, cuando los anuncios proféticos de Daniel constituían como una historia filosófica cercana de cumplirse, cuando los fariseos reducían las leyes á lo externo puramente, cuando el saduceísmo caía en ideas materialistas, cuando el esenio poblaba los desiertos haciendo penitencia en busca de una revelación sobrenatural, cuando el judío alejandrino allegaba la idea del Verbo, cuando el platónico heleno se hacía judío por haber encontrado en la Biblia el Dios mismo de Platón, cuando los inquietos del yugo romano en Palestina profetizaban el advenimiento de un Mesías y constituían el mesianismo, cuando el Bautista iba clamando por las orillas del Jordán con anuncios de que se acercaba pronto aquel que había de venir, Jesús concentraba en sí todas estas irradiaciones del espíritu y constituía la doctrina en torno de cuyo foco gravitaban todas las inteligencias.

¡Cosa verdaderamente singular la costumbre judía! En aquel tiempo, y entre aquellos hombres, difícilmente solían las más altas personas exentarse de un oficio manual. Aun los dados al cultivo

de las ideas y al empleo de las altísimas facultades intelectuales tenían algo de menestral. Nosotros apenas podemos comprender que fueran los duchos en saberes y ciencias diestros artesanos. Dado el poco equilibrio que todavía guardamos entre la educación física y la educación intelectual, para nosotros, los modernos, la destreza en las artes y la sabiduría en las ciencias acusan inhabilidad natural ó adquirida en los menesteres de un oficio mecánico. Algunos ingleses, aunque sumos políticos y consumados escritores, acostumbran á remar en los barcos y á podar en los bosques. Pero tal moda no ha pasado el Estrecho y no ha venido al continente. Entre los judíos acontecía lo contrario. Ya fuera por ejercitar las fuerzas, ya fuera por adquirir con verdadera honra el pan diario, ya fuera por equilibrar lo físico y lo intelectual, todos á una, con raras excepciones, industriábanse, desde su infancia, en artes útiles y mecánicas. Jesús, por indicación de María y José, tuvo igual oficio que éste, fué carpintero. Así le llama San Mateo (τεκτων) en el capítulo XIII, versículo LV. Strauss estudia este nombre griego, y dice que la mayor parte de los traductores, y la más granada, lo vierte con la palabra carpintero; pero que algunos le han creído cerrajero, albañil y esmaltador en oro. Los Evangelios apócrifos no se

contentan con atribuirle al joven Jesús este oficio de carpintero, sino que saben los artefactos en cuya construcción empleaba sus fuerzas y dicen cómo hizo carretas, yugos, cribas, cofres, mesas, puertas y hasta un trono. El Protoevangelio de Santiago le supone un maestro de obras. Pero no cabe duda respecto del oficio que tenía Jesús. Ya en otra parte de la misma obra esta, hemos recordado las palabras, muy célebres, de los evangelistas, cuando las gentes de Nazareth se alarman, oyéndole hablar con tal abundancia y se preguntan unos á otros cómo pudiera decir cosas tales un carpinterillo, engendrado, y nutrido, y criado por el carpintero José. En el Evangelio árabe de la niñez, cuéntase una particularidad que Strauss también cita. Dice aquella relación, muy copiada por los historiadores ortodoxos de María, que su hijo acompañaba siempre á San José en calidad y categoría de oficial. Y como el santo padre putativo no fuera una estrella en su oficio, pues poco ducho en matemáticas y mal medidor, sacaba unas veces cortas y otras largas las vigas ó maderas por él aserradas y compuestas, el niño Dios milagrosamente, por una mera operación intelectual, dábales con exactitud su justa y necesaria medida. Jesús fué, pues, como su padre José, de oficio carpintero. Bien es verdad que ya lo hemos dicho; en Judea

querían las costumbres que los hombres dados á trabajos intelectuales aprendieran también un trabajo manual. Rabí Judá, citado por Stapfer, dice: «Quien á su hijo no enseña un oficio lo hace bandido.» Las clases acomodadas huían de ser arrieros ó marineros, pero tomaban los demás oficios mecánicos. Hiel y Aquiva, dos ilustres rabinos, eran aserradores; Juanán, zapatero; Nanacha, herrero; San Pedro, pescador, y tejedor San Pablo. Jesús fué carpintero. Mucho se ha disertado sobre la condición material de Cristo. Su pobreza parece cuadrar con la obra que debía cumplir en el mundo. Para empequeñecerse y humillarse, aquel que había criado ángeles y estrellas, debía revestir la forma indudablemente más humilde y baja de la vida social, así como pasar por una de las mayores tribulaciones y angustias que pueden aquejarnos en este mundo, por la pobreza y la miseria. Deseos de unir los dos extremos del ser en la persona de Cristo, llámanle muchos religiosos autores misérrimo siervo, mostrando y encareciendo así cómo pasó por la servidumbre aquel que nos diera con su espíritu y soplo la santa libertad. Sin embargo, hay quien le cree rico, fundado en que San Juan lo viste con una toga inconsútil, vestimenta de los muy acomodados y felices. Pero Jesús mismo nos asegura en el Evangelio de San Mateo no tener una

piedra donde reclinar su cabeza, mientras las zorras tienen cuevas y nidos las aves. Y cuando San Lucas nos presenta en el capítulo II á María y su purificación, dícenos también cómo llevaba en ofrendas al sacerdote, no el recental debido por los ricos, las cándidas palomas de los pobres. Pero ¡ah! que la naturaleza en el Mediodía, por las orillas de aquellos mares verdaderamente celestes, ofrece al hombre medios de vivir apenas concebibles en las regiones del Norte. Hoy mismo, cuando el sentimiento de la propiedad individual tiene tanto arraigo, nadie pone tasa en los campos valencianos á quien come brevas de aquellos higuerales, uvas de aquellas viñas. ¡El calor ayuda tanto á vivir! ¡La espléndida luz tiene un tan socorrido alimento en su éter! Los tomillos y el espliego embalsaman los aires en términos tales; el dátíl se cría tan lejos del cultivo y se desprende con tanta facilidad de lo alto; las hierbas del campo y las frutas bravías resultan de suyo tan delicadas y nutritivas; es todo allí tan pródigo, que bien podía el hijo del hombre vestirse como los lirios del valle, con aquellos blancos linos casi espontáneos, y creerse, al extender los brazos en lo alto de una colina perfumada, alzado sobre los troncos de Salomón ó David, y hablar profético lenguaje, no aprendido, como no aprendieron jamás sus gor-

jeos los ruiseñores ocultos entre jazmines ó rosales, y comer el maná de aquellas uvas que nutren como el pan y la miel depositada en los troncos de aquellas hayas que parecen colmenas, y dormir al raso bajo el solio de un cielo sin relentes ni sombras, velado por el resplandor de unas estrellas que, según lucen allá en la oscuridad, semejan voladores ángeles, quienes os traen á una en la sugestión de los sueños felices el ósculo de la increada luz y el eco de la creadora palabra.

XVII

Hay en la vida é historia de María períodos largos, durante los cuales hállase la Virgen separada por completo de su hijo celestial. Desde su reingreso en Nazareth hasta la predicación del Salvador median veinte años, y dos ó tres veces tan sólo con él está en los actos de su vida pública la santa Madre. Acostumbraba ésta, según los Evangelios, cuando vivía José, á llevar el Niño al templo en las fiestas de Pascua. Estas anuales peregrinaciones á sitios santos usábanse mucho entre las gentes israelitas y pasan de preceptos litúrgicos á costumbres universales. Doce años contaba Jesús cuando, por tercera ó cuarta vez, le condujeron al templo de Salomón, reconstituído ya, con cuidados muy dig-

nos de aquella liturgia sus pródigos y cuidadosos padres. En la obediencia del pueblo judío al rito religioso los caminos debían de muchedumbres henchirse cuando se acercaba festividad tan solemne como la Pascua. María, Jesús, José, iban por aquellas vías, no como fueron á Egipto, huyendo y recatándose de las muchedumbres, no, en acompañamiento y comunidad con todos los vecinos de Nazareth. Siete días estuvieron allí en Jerusalén, y durante la sacratísima semana entera no faltaron ninguno de los tres á los ejercicios y ceremonias que les correspondían y en el respectivo sitio donde á cada uno le correspondía, según la edad, condición y sexo. Cristo especialmente debía en circunstancias como aquellas acudir á las aulas, donde se aprendía y enseñaba la vieja ley con arreglo á la ciencia de los doctores conocidos como intérpretes natos de la doctrina tradicional y consagrados á su necesaria debida enseñanza. Lo cierto es que aquí pasó uno de los hechos más característicos en la vida é historia del Salvador y de su Madre. Llegado el día séptimo, y con él cumplida la semana de tradicional devoción, regresó la familia, desde la gran ciudad, á la modesta Nazareth. En la hora de partirse acudirían por obligación religiosa naturalmente al templo para ofrecer á Dios cualquier devoción y llevarse de los pontífices ó sacerdotes algu-